



MUJERES SILENCIADAS EN LA EDAD MEDIA

Sandra Ferrer Valero



Mujeres silenciadas en la Edad Media

SANDRA FERRER VALERO

© Sandra Ferrer Valero, 2015

© Punto de Vista Editores, 2015

<http://puntodevistaeditores.com>

info@puntodevistaeditores.com

ISBN (Punto de Vista Editores): 978-84-15930-81-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

SUMARIO

[Biografía del autor](#)

[Introducción. Cuando se abrió la ventana...](#)

[1. La oscura Edad Media, ¿más oscura para las mujeres?](#)

[2. Vieja y nueva política](#)

[2.1 La hija de Eva](#)

[2.2. Esposas y madres](#)

[El modelo de María. Representaciones marianas](#)

[La esposa sumisa](#)

[La madre abnegada](#)

[Manuales para las buenas esposas](#)

[2.3. Religiosas](#)

[Los primeros cenobios femeninos](#)

[El poder de las abadesas](#)

[Las monjas recluidas](#)

[2.4. La mujer escondida. La mujer real](#)

[3. Lo que quisieron ser las mujeres \(y algunas consiguieron\).](#)

[3.1. Hildegarda de Bingen. ¿Una renacentista en la Edad Media?](#)

[La historia de Hildegarda](#)

[La teología y la mística de Hildegarda](#)

[La monja sanadora, del cuerpo y el alma](#)

[Música celestial, versos divinos](#)

[El idioma de Hildegarda](#)

[La grandeza de Hildegarda larga \(e injustamente\) silenciada](#)

[3.2. Escritoras](#)

[Cristina de Pizán. ¿Una feminista en la Edad Media?](#)

[Otras voces femeninas \(y feministas\)](#)

[El teatro educativo de Hroswitha de Gandersheim](#)

[Las madres que escribieron para sus hijos](#)

[Una enciclopedia en plena Edad Media](#)

[Las cartas de Eloísa \(y Abelardo\)](#)

[La historia escrita por mujeres](#)

[Al-Andalus ¿un oasis de libertad femenina?](#)

[La osadía de las féminas medievales \(empieza a vislumbrarse\)](#)

[3.3. Trovadoras](#)

[3.4. Místicas](#)

[Las místicas de Helfta](#)

[Aprendiendo a amar a Dios](#)

[La mística hereje: Margarita Porete](#)

[3.5. Iluminadoras](#)

[3.6. Compositoras](#)

[3.7. Doctoras, matronas y sanadoras](#)

[El misterioso cuerpo femenino. La mujer como paciente](#)

[El milagroso cuerpo femenino. La mujer como matrona](#)

[Más allá de las prácticas obstétricas](#)

[Cuando una mujer quiso ser doctora. El caso de Jacoba Félicie](#)

[La escuela de Salerno y la controvertida existencia de Trótula](#)

[La medicina hildegardiana](#)

[3.8. Brujas y herejes](#)

[La bruja mítica](#)

[La bruja real](#)

[3.9. Abadesas, santas y beguinas](#)

[Las Madres del Desierto](#)

[Abadesas, o señoras feudales](#)

[Las mujeres a la sombra de las órdenes mendicantes. El caso excepcional de Santa Clara de Asís](#)

[La originalidad monacal de las beguinas](#)

[3.10. Constructoras](#)

[4. El camino heredad](#)

[Agradecimientos](#)

[Bibliografía](#)

BIOGRAFÍA DEL AUTOR

Sandra Ferrer Valero (Barcelona, 1976) se licenció en **Periodismo** en la Universidad Autónoma de Barcelona e inició posteriormente estudios de **Historia** en la UNED. Trabaja en el mundo de la comunicación y el marketing digital pero en sus ratos libres se dedica a la historia, una de sus grandes pasiones. Desde hace más de cinco años gestiona un blog dedicado a la historia en femenino (www.mujaresenlahistoria.com) y colabora en la revista *Clío Historia*.

A mi padre, de quien he heredado una pasión insaciable por la historia.

INTRODUCCIÓN. CUANDO SE ABRIÓ LA VENTANA...

Cuando era pequeña, me apasionaban las clases de historia. La Edad Media era mi época favorita. Aún recuerdo aquella pirámide en la que pintábamos a los campesinos en la base, los caballeros y clérigos en el medio, los reyes en la cima. Imaginábamos hombres sobre caballos, armados con largas lanzas, monjes rezando en bucólicos claustros, reyes con ricas testas coronadas. Pero, ¿y las mujeres? En aquel entonces, hace ya unas décadas, lo cierto es que no me lo planteé. Aparecía alguna damisela con aquellos cucuruchos estrafalarios en la cabeza y hermosos trajes que imitábamos en casa con viejas telas de cortina.

Pasados los años, en una revista de historia medieval, me topé con una mujer, ataviada también con aquellos gorros extraños, acompañada de otras tantas damas. Eran ilustraciones de *La ciudad de las damas*, aquella gran obra precursora del feminismo (¡en plena Edad Media!) escrita por Cristina de Pizán, considerada la primera escritora profesional de la historia y de quien tendré ocasión de hablar.

Por aquel entonces ya había descubierto nombres propios femeninos medievales como las archiconocidas Leonor de Aquitania o Juana de Arco. Pero Cristina me abrió una ventana a su ciudad de las damas... y a una gran cantidad de preguntas. Leonor fue reina, Juana una santa. Roles estereotipados de las mujeres en la Edad Media. Pero, en un mundo en el que el 90% de la población era campesina; donde las mujeres vivían a la sombra de padres, maridos o

clérigos; un tiempo en el que el analfabetismo era aún, si cabe, más extendido entre las campesinas, ¿cómo podía ser que una mujer, viuda y sola, hubiera conseguido vivir de la palabra escrita, y en el siglo XIV?

Cristina de Pizán fue sólo el principio. Tras ella encontré otros nombres propios como Hildegarda de Bingen, Sabine von Steinbach, Jacoba Felicié, Beatriz de Día, María de Francia, Matilde de Magdeburgo, Catalina de Siena, Brígida de Suecia, Alice Kyteler, Gertrudis de Hefta, En Depin-trix... No está mal para un tiempo en el que nacer mujer suponía llegar a un mundo de encierro, ya fuera en el hogar o el monasterio. Junto a estos y otros nombres propios que iré desvelando para aquellos que quieran acompañarme en este relato, descubrí que las mujeres habían sido, también, constructoras, albañiles, trovadoras, iluminadoras, escritoras, médicas... que algunas habían participado en actividades reservadas a los hombres; que otras habían conseguido incluso el aplauso de ellos; a pesar de que también las hubo que perdieron su vida por conseguirlo.

Poco a poco, todas estas mujeres, con nombres propios o anónimos, están siendo descubiertas por grandes historiadores, escritores y periodistas que reclaman para ellas el lugar que les corresponde en el mundo medieval, un mundo eminentemente masculino y, a menudo, en exceso misógino. Esta es mi humilde aportación para visibilizar a aquellas mujeres. Sin denostar a los hombres, sin alimentar la hoguera de la guerra de sexos. Simplemente descubriendo un universo femenino apasionante, largamente silenciado y que, espero que con el tiempo, aparezca en las clases de historia para que los que ahora son alumnos, como yo

un día lo fui, descubran un mundo de hombres y mujeres, y puedan situarlos a todos en el lugar que les corresponde.

... aparecieron las damas

27 de noviembre de 1095. La ciudad de Clermont se ha convertido en el centro del orbe cristiano. Tras sus murallas se está celebrando un concilio en el que se llamará a la toma de Jerusalén y la lucha contra el infiel que la historia conocerá como la Primera Cruzada. Al sínodo de la Iglesia han sido llamados unos trescientos clérigos y laicos que durante varios días se han reunido en la catedral de Clermont. Fuera del templo, que por aquel entonces aún no ha tomado la forma gótica posterior, el mundo sigue su curso.

Entre los asistentes al concilio, todos son hombres. Hombres de fe, temerosos de Dios, a quienes se les ha educado en una tradición cristiana en la que las mujeres no salen muy bien paradas. Mientras el destino de sus maridos e hijos se decide intramuros, ellas permanecen ajenas al gran capítulo de la historia que se está escribiendo a tan sólo unos metros de sus vidas.

Entre aquellas mujeres encontramos a una joven y tenaz artesana, a la que llamaré Marie. Mientras sus hijos corretean por la planta superior de la casa, ella trabaja en el taller de la planta baja, con una pequeña cuna a su lado en la que descansa un bebé fajado al que no quiere coger cariño, pues ya ha perdido a tres en el camino. Marie forma parte del gremio textil, porque su marido es maestro del mismo. Ella es hija y esposa de artesanos. Y como tal, trabaja en el negocio familiar.

Más allá de las murallas, donde probablemente llega el tañido de las campanas catedralicias, una campesina, a quien llamaré Jeanne, se afana por preparar el campo en aquellos fríos días de noviembre mientras sabe que en casa le espera la cocina. Y cuando termine con los pucheros, un pequeño telar aguarda al fondo de la humilde estancia para tejer la ropa de los niños y de su esposo. Sus ropas probablemente estén llenas de remiendos. Lleva a un retoño colgado a la espalda, mientras otros cuatro revolotean a su alrededor. El mayor, por suerte, ya empieza a ser una ayuda importante en el campo.

Colindante a las tierras arrendadas por el marido de Jeanne, un monasterio de monjas benedictinas protege tras sus muros los cuerpos y las almas de las decenas de muchachas que han renunciado al siglo para vivir de espaldas a él y mirando a Cristo, con el que se quieren desposar, y a la Virgen María, a quien sueñan con alcanzar en piedad y santidad.

Aquel 27 de noviembre, el mundo medieval empezaba un capítulo en mayúsculas de la historia, en el que unos cuantos hombres decidieron el destino del resto de hombres y mujeres de la cristiandad. Pero ¿y las mujeres? ¿Marie, Jeanne, las religiosas? ¿Fueron tomadas en consideración? Por supuesto que no. Pero Marie, Jeanne y todas las muchachas más o menos piadosas del cenobio que he imaginado eran mujeres reales que vivieron a la sombra de los hombres. Algunas, sin embargo, salieron a la luz.

Tanto unas como las otras, son las damas de este relato, una pequeña ventana abierta a unos siglos apasionantes donde también vivieron mujeres apasionantes.

1. LA OSCURA EDAD MEDIA, ¿MÁS OSCURA PARA LAS MUJERES?

La mujer es un hombre incompleto.
Aristóteles

En lo que se refiere a la naturaleza del individuo, la mujer es defectuosa y mal nacida.

Santo Tomás de Aquino

Me preguntaba cuáles podrían ser las razones que llevan a tantos hombres, clérigos y laicos, a vituperar a las mujeres, criticándolas bien de palabra bien en escritos y tratados.

Cristina de Pizán

A lo largo de la Edad Media se forjó la raíz de la cultura cristiana que ha permanecido hasta nuestros días. Una sociedad basada en el cristianismo que bebió de las fuentes clásicas y las adaptó a sus propias necesidades e intereses y que marcó para siempre el devenir de la Vieja Europa. Cuando Constantino hizo de la fe de Cristo el credo oficial, religión y poder fueron de la mano durante muchos tiempo.

Los Padres de la Iglesia que a lo largo de los siglos medievales fueron diseñando las formas de vivir de sus fieles vivieron en un tiempo en el que la superstición, el miedo a lo desconocido y los mensajes apocalípticos sobrevolaban

sus templos influyendo indefectiblemente en su modo de ver el mundo. Un mundo a menudo hostil, difícil de entender y controlar en el que razones sobrenaturales inspiradas en las Sagradas Escrituras debían dar una respuesta a sus angustiadas preguntas.

Las malas cosechas, las epidemias, las tormentas descontroladas, tenían que ser fruto de algún mal ocasionado por los y las que vivían en la tierra desatando la ira divina.

En este escenario apocalíptico la mujer dio la solución a muchas de las preguntas sin respuesta. Porque si la naturaleza era un universo desconocido en muchos de sus aspectos por los hombres, la mujer también lo era. Un ser que, según los clérigos eruditos no estaba hecho a imagen y semejanza de Dios como ellos, los hombres, sí lo estaban. Alguien que dentro de sí engendraba vida sin entender muy bien cómo lo hacía; que alimentaba después a sus vástagos con su propio cuerpo y, lo que es más importante, provocaban en los hombres sentimientos, instintos, que no siempre podían controlar. ¿Qué hacer, pues, con ellas?

Las Sagradas Escrituras se lo pusieron fácil. El Génesis hablaba de Eva, a quien dedicaré un espacio específico, bien se lo merece. La compañera de Adán (y no a la inversa) creada por Dios para hacerle compañía en el paraíso. Fue ella y sólo ella, y así se encargaron de repetir hasta la saciedad en púlpitos, capiteles y manuscritos, la que abocó al abismo a Adán, quien parece ser que no tuvo más opción que sufrir la maldad de la compañera dada por el Creador.

Si recuperamos a Marie, la artesana de Clermont, o a Jeanne, la campesina, pensemos en ellas mismas y en sus parti-

culares compañeros. Maridos con los que se han casado posiblemente por supervivencia para crear una unidad familiar de producción y poder vivir así del trabajo y esfuerzo mutuos. Marie y Jeanne han oído al párroco domingo tras domingo que Eva fue la pecadora, la que creó el pecado original y expulsó a la raza humana del paraíso. Por su culpa ahora deben trabajar y sufrir penurias. Sermón que también han oído sus maridos (y que pronto escucharán atentamente sus hijos). Si pensamos que entre ellos existe un mínimo afecto matrimonial, filial o maternal, podemos imaginar también un conflicto interno de dimensiones considerables.

Pero ¿por qué el hombre odiaba a la mujer? Quiero pensar que no todos los hombres odiaban a las mujeres y que, posiblemente existieron algunos (¿los maridos de Marie o de Jeanne?) que no entendían tampoco cómo sus esposas o, mejor, sus dulces madres, eran poco menos que la encarnación de Satán en la Tierra. Pensemos que en la Edad Media, el poder de la palabra (lo que en el siglo XXI llamaríamos estrategias comunicativas) lo tenía la Iglesia. Y ¿quién era la Iglesia? Hombres que habían decidido vivir alejados de las mujeres, ajenos a su naturaleza, huyendo de ellas, sin interesarse lo más mínimo por ellas. Y cuando lo hicieron, no salimos muy bien paradas. En primer lugar porque cuando los monjes se ocuparon de pensar en las mujeres no se fijaron en las mujeres que les rodeaban (estaban muy alejadas de sus muros). Así que se las tuvieron que imaginar creando estereotipos basados, como veremos en el primer capítulo, en dos imágenes opuestas que aparecen en la Biblia, Eva y María. En segundo lugar, porque las mujeres no tenían salvación. Todas habían nacido pecadoras, todas eran hijas de Eva pero ninguna, por más virginal, piadosa y